

Va el mundo á despertar.
¡Cantemos y bebamos,
Que cuando venga el día,
El sueño de la orgía
Le volverá á apagar!

EL CANTO DE LOS PIRATAS.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Alerte! alerte! voici les pirates
d'Ochali qui traversent le détroit.
Le Captif d'Ochali.

Con cien cautivos llevamos
Fletada nuestra galera,
Que en una y otra ribera
Para el haren reclutamos.
¡Al mar! ¡al mar! marineros,
En Fez entramos mañana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos
Al agua el ancla tenaz,
Linda muchacha apresamos
Dormida en traidora paz:
Mil fantasmas hechiceros
Soñaba á la mar cercana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

—Forzoso es, niña, callar.—
Ea, ganemos el viento,
Esto no es mas que cambiar
Por un haren un convento.
Os haremos mahometana
Y el sultan ha de quereros.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Huir desesperada quiso.
¡Y osais, hijos de Satan...!
Lloró, suplicó.—Es preciso,
La contestó el capitán.—
Sus clamores lastimeros,
Su resistencia fué vana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

En su dolor parecian
Sus ojos un talisman,
Mil cequies bien valian,
La hemos vendido al sultan.
Lo debe á mis compañeros
Ayer monja y hoy sultana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

ORIENTAL.

De la luna á los reflejos
A lo lejos
Arabe torre se ve,
Y el agua del Darro pura
Bate oscura
Del muro el lóbrego pié.
Susurra el olmo sombrío
Sobre el rio
Dando al oido solaz,
Y en los juncos y espadañas
Y en las cañas
Susurra el aura fugaz.
Se abre en la arena amarilla
De la orilla,
Vertiendo aroma, la flor,
Y las plumas de colores
En las flores
Estremece el ruiseñor.
Vierte en gotas cristalinas
Peregrinas,
El rocío su cristal,
Y en cada perla de plata
Se retrata
El alcázar oriental.
Descorridas las sombrías
Celosías
Del calado torreón,
Está en la árabe ventana
La sultana,
Murmurando una cancion.
Y en la atmósfera serena
Libre suena
La melancólica voz,
Y abajo en la yerba verde,
Al fin la pierde
Con la ráfaga veloz.
Y al compás de su garganta,
Rauda canta
Contestando el colorin,
Saltando entre los galanes
Tulipanes
Del espléndido jardin.
Y al rumor del dulce trino
Peregrino,
De arpa, bella, y ruiseñor,
Oído prestan atento
Agua, viento,
Olmo, alcázar, campo y flor.
Así la mora decia,
Y respondia
En la rama el colorin,
Y esto el moro la escuchaba,
Que velaba
Receloso en el jardin.
“Danme el ánima de un moro,
“Perlas y oro,
“Y coronas en la sien;
“Dime, flor, á mi ventura
“Y hermosura
“Lo que falta en el haren!”

“Danme chales los califas
“Y alcatifas,
“Y guirnaldas en la sien;
“Dime, huerto, á mi ventura
“Y hermosura
“Lo que falta en el haren!
“Danme baños y festines
“Y jardines
“Que me mienten el Eden.
“Dime, rio, á mi ventura
“Y hermosura
“Lo que falta en el haren!
“Trasparentes como espumas
“Danme plumas,
“Y atan velos á mi sien;
“Ruiseñor, dí á mi ventura.
“Y hermosura
“Lo que falta en el haren!
“Nada al fin que les dé enojos
“Ven mis ojos,
“Nada que arrugue mi sien:
“Dime, luna, á mi ventura
“Y hermosura
“Lo que falta en el haren!”
Llegaba aquí, y una sombra
En la alfombra
La lámpara dibujó:
A su lado en la ventana
La sultana
Con el sultan se topó.
“Tienes torres, dijo el moro,
“Perlas y oro
“Y guirnaldas en la sien;
“Dime, hermosa, á tu ventura
“Y hermosura
“Lo que falta en el haren.
“¿Qué hay en el huerto sombrío,
Y en el rio,
“Y en el ave y en la flor,
“Que al rayar el claro día
“Vida mia!
“No te traiga tu señor?
“Dí, ¿qué falta á tu belleza,
“A tu riqueza
“O á tu loca voluntad?”
—“Señor, esos ruiseñores
“En las flores
“Tienen aire y libertad.”

LA PLEGARIA (1).

Hélos al pié de la cruz
En oracion reverente;
La virtud brilla en su frente,
Como la primera luz
Del sol que alumbraba en oriente.
Niños tal vez desvalidos,
Que pasan desconocidos,

[1] Publicada en el *No me olvides*, acompañada de una estampa del Sr. Ortega, para cuyo objeto se escribió.

Con la inocencia en el alma,
Como en desiertos perdidos
Con sus racimos la palma.
Ángeles acaso son,
Que el mundo sin conocer,
Llevan en el corazón
Una sublime oracion
Y las virtudes de ayer.
Sus ojos ven solamente,
A través del blanco velo
Que cerca el alma inocente,
Vida en la tierra inclemente,
Luz y armonía en el cielo.
Ven en el alba colores,
Y en el llano yerba y flores;
Sombra, del valle en la hondura,
Y en el aire ruiseñores,
Y peñascos en la altura.
Para ellos música el viento
Es, si las alas despliega,
Si en las secas hojas juega,
O entre las flores se pliega,
Con lascivo movimiento.
Y son las flotantes ramas
Del sol á las rojas llamas,
Del prado, verdes espumas,
De aérea serpiente, escamas,
De águila terrestre, plumas.
Y son los hombres hermanos,
Y oran por ellos contentos,
Hasta que los hombres vanos
Pongan, leones hambrientos,
En su inocencia las manos.
Sabe ella que es virgen bella,
Y él un ángel hechicero,
Porque no dudan él ni ella
Que *ella* es de virtud estrella,
Y *él* de inocencia lucero.
Mas ¡ay! que del pedestal
A la sombra cobijado,
Acaso un ojo carnal
Está en la virgen posado
Con una idea brutal.
Y sobre la tez de rosa,
La lágrima de dolor
Que ella derrama piadosa,
El hombre la cree de amor,
Y llama al ángel—*hermosa!*
Que tal vez pintarse intenta
Aquella avara pupila
De torpes formas sedienta,
Mil perfecciones que aumenta
En esa virgen tranquila.
Así incompletas y vanas
Las cosas del mundo son;
Que á turbar vienen livianas
Esa angélica oracion
Con imágenes mundanas!
¿Por qué, pintor, ideaste
Una plegaria tan bella,
Si la cruz que levantaste,
Luego, pintor, la ultrajaste
Pintando al hombre tras ella?

¡No digas quién la creó!
Que en ambos culpa no arguya!
Tú fuiste quien la pintó.
Mas la malicia no es tuya,
Que quien la escribe soy yo.

LA JUVENTUD.

Tengo ojos y no ven,
Tengo oídos y no escuchan,
Tengo manos y no tocan,
Tengo labios y no gustan;
Y en fin, sin entendimiento
Ni albedrío que me acuda,
Tengo aliento que no alienta,
Y corazón que no pulsa.
CALDERON. *La vida es sueño.*

Cuando á las puertas del nacer llamamos
Senda de flores á los piés tenemos;
Do quier que el rostro en derredor volvamos
Padres y amigos cariñosos vemos;
Do quier los brazos débiles tendamos
Un ósculo inocente merecemos,
Y así contentos á vivir salimos,
Solo porque ignoramos que vivimos.

Cuando el mundo se ve desde la cuna
Flores se hallan en él, pero no espinas;
Se ven en él sus mares y su luna,
Sus prados y cascadas cristalinas,
Sin noche el sol, sin rueda la fortuna,
Poblado de fantasmas peregrinas,
Tocado, en fin, con el flotante velo
Del estrellado pabellon del cielo.

La paz de la niñez nos va llevando
Por senda usada, fácil y tranquila,
Donde rebelde nuestra edad brotando
En lechos de oro víctimas apila;
Donde asombrada se dilata entrando
De luz avara la infantil pupila,
Do á manos llenas el placer derrama
Lo que *vida de amor* el hombre llama.

Cercada de fantasmas halagüeños,
Allí la ardiente juventud habita,
Que dando lindas formas á sus sueños
El imperio del mundo solicita:
Como para acabar tantos empeños
Todo lo hermoso y fuerte necesita,
Presenta á nuestra mente deslumbrada
Todo el vano esplendor de su morada.

En tazas de cristales quebradizos
Nos muestra seductora en sus planteles
Las flores sin olor de sus hechizos,
El temprano verdor de sus laureles:
Y en campos de placer resbaladizos,
Sus palacios nos muestra de oropeles.
Donde yacen en blandos almohadones,
Impúdicas ramerías, las pasiones.

Allí están los fantásticos espejos
Que mienten la ilusión de los amores
Pintando voluptuosos á lo lejos
Sembras de amor entre pintadas flores;
Y de engañoso sol á los reflejos,
Dando al turbio cristal ricos colores,

Nos muestra el mundo fuente de placeres .
Y manantial del mundo las mugeres.
El ánima inocente todavía,
Virtud creyendo el cenagal del vicio,
Se lanza en pos de tan brillante día
De la vida en el hondo precipicio,
Y á par que corre por la errada vía,
Comprende de la edad el artificio,
Que aquel jardín de flores peregrinas,
Era el velo no mas de las espinas.

¡Juventud! ¡fácil balanza!
¡Qué presto arrastras vencida
El peso de la esperanza,
Con el pesar de la vida!
¡Qué presto se desvanecen
Los fantasmas halagüeños
Que nuestra infancia adormecen
Con mentirosos ensueños!
¡Qué rápida te deslizas
Entre las horas que hechizas,
Dejándonos tus cenizas
Donde vamos oro á ver!
¡Juventud! ¡edad de flores!
¡Sombras son ¡ay! tus calores,
Artificio tus primores,
Amargas tu placer!

Ojos nos das, y no vemos,
Pensamiento y no pensamos,
Que es falso cuanto creemos,
Y falso cuanto ideamos.
Es mentida tu hermosura,
Es tu fortuna liviana,
Tus esperanzas locura,
Tu paz y tu gloria, vana.
Espejo de cien cristales,
Que mientes lo que no vales,
Cuyas luces desiguales
Multiplican la ilusión,
Tú doras tus arreboles
Con lumbre de mil faroles,
Y llamas, osada, soles,
A lo que pavesas son.

Soñando á vivir venimos;
Pero en tu region vacía
Cuantos mas días vivimos
Soñamos mas cada día.
Te sueña la pasión loca
Y ambiciona tus laureles;
Cuando la razón te toca,
Maldice tus oropeles:
La pasión juzga en su anhelo
Que ese cristal es un cielo;
La razón te rasga el velo
Hasta ver tu vanidad,
Y en vez de tus clavellinas
Y tus rosas purpurinas,
Nos muestra al fin tus espinas
El farol de la verdad.

Espinas son fama y gloria,
Cuanto bien el hombre alcanza:
Espinas de la memoria,
Carcomas de la esperanza.

Espinas son amistades,
Espinas ¡ay! son favores . . .
Que espinas son las verdades,
Y son espinas sin flores.

Si espinas son solamente
Amistad, gloria y favor,
¿Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor?

Si espinas tan solo dan
Lisonjas de juventud,
Acaso espinas serán
La nobleza y la virtud.

Y espinas estudio y ciencias,
Pues dejan sus vanidades,
Demencia nuestra demencia
Y verdades las verdades.

La fe del ánima, espinas;
Y espina el amor del hombre:
¡Mentiras son mas divinas,
Con mas hechicero nombre!

Y si espinas solamente
Son virtud ciencia, y amor,
¿Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor?

Edad de sombras pueriles
Que la verdad desvanece,
¿Ni olvidada en tus pensiles
Una flor tan solo crece!

Pues espinas son tus flores
Y espinas son tus placeres,
Entre tan falsos colores,
Una mientes y otra eres.

Si espinas de desconsuelos
Son horas tan peregrinas,
¿Dónde guardaron los cielos
Flores de tantas espinas?

LA ANAPOLA.

Flor solitaria y silvestre,
Que á la luz sacas del sol
Cuatro pendones de púrpura
Que guarda tosco boton;
Pues en el campo te quedas
Y yo del campo me voy,
Tú con tus hojas de fuego
Y con mis lágrimas yo;
Dile al alma de mi alma,
Que voy muriendo de amor:
Que entre tus hojas le dejo
Un ósculo y un adios.
Porque tú que habitas triste
En las soledades, flor,
Los espinos por abrigo,
El césped en derredor,
Por armonías del aire
La ruda y salvaje voz,

Sin tallo que te sostenga
Cuando á la lumbre del sol,
Brotando en agua las nubes
Se revientan en turbion;
Tú, flor, que ostentas tan sola
Tan encendido color,
Que me pareces tostada
Al calor de un corazón,
Bien puedes ser mensajera
De un enamorado adios:
Que tan sola, pobre y débil,
Tan sin follaje ni olor,
De pasar en amargura
Tu existencia de afliccion,
Mas razón no se me alcanza
Que tu solitario amor.

Porque espuesta al rudo viento,
Y á la intemperie olvidada,
Recuerda tu nacimiento
La soledad y el tormento
Del ánima enamorada.

Porque insensible á otra idea
Que al delirio de tu amor,
El zarzal que te rodea
Y el vendabal que te orea
Dan encanto á tu dolor.

Ni sientes del cierzo el ala
Que te sacude y arruga,
Ni cómo el tronco y escala
Hollandando la torpe oruga,
Tu tosca y silvestre gala.

Ni cómo el áspero espino
Te rasga el manto de grana,
Cuando sacude sin tino
Sobre tu pompa liviana
Su ropaje campesino.

Y pues sé, triste amapola,
Que ese encendido color
Que el rojo sol tornasola,
No es mas que un barniz de amor
Y por amor vives sola;

Pues yo parto por amores
¡Oh flor, muy lejos de aquí,
Y en tí no he encontrado olores,
Como encontré en otras flores
Que por los jardines ví;
En tu cáliz dejo preso
Un ósculo y un adios;
Si te agobia tanto peso,
Guárdale á mi amor el beso,
Que para *ella* son los dos.

LA NOCHE Y LA INSPIRACION.

A MI AMIGO EL ARTISTA

DON JULIAN ROMEA.

I.

La noche sobre el mundo desplomada,
Tendió en él de su sombra el ancho velo,
Porque su sueño no turbase osada
La lumbre de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara
Con tan espesa red sombra importuna,
Antes que con pavor se desvelara,
Trepó al cenit la trasparente luna.

A la amarilla luz con que ilumina
Cobijase la sombra en los rincones;
Y reflejan su llama peregrina
Rios, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño,
De la virgen sonrie el labio amante,
La tierra desplegó su adusto ceño
Al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,
Duerme el pastor cansado en su cabaña,
Este tranquilo, el otro receloso,
Soñando avaro la fortuna estraña.

Duerme al pié de sus armas el soldado,
Duerme el mendigo tras de larga vela,
Mientras por este vela su cuidado,
Y por aquel el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,
Duerme la fiera en su morada impura,
Aquella por las ráfagas mecida,
Esta al rumor del agua que murmura.

Deslízase la brisa temerosa,
Guardan las nubes la tormenta inerme.
Todo entre sombras á la par reposa,
El viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche umbría,
Al grato son del arpa melodiosa
Ensayabas cantares algun dia
Bajo el balcon de tu adorada hermosa,

Déjame que hoy en soledad delire,
Y á delirar contigo me aventure,
Que en tus brazos un hora en paz respire
Y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores
En insensatos himnos juveniles,
Y el arpa tosca coroné de flores
Al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soné gloria y laureles,
Y con la vida en mi ilusion luchando,
Orlé el mundo de falsos oropeces,
Allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté: mis fábulas soñadas,
Mis delirios de amor perdí en el viento,
Y el viento, como ramas desgajadas,
Las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera
Mas que la voz un poco enronquecida,
Y el velo de la negra cabellera,
Sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza,
Y el afán de cantar mientras aliente,
Mientras gravite en la vital balanza
La vanidad del corazon demente.

Quédame aún altivo y vigoroso,
De noble inspiracion el fuego santo,
Quédasme tú, poeta generoso,
Para escuchar mi desmayado canto;

Tú, que vas á las tumbas de los hombres
A buscar un disfraz y una careta,
Para escurdar con los difuntos nombres
Tus amargas creencias de poeta;

Tú, que el abrigo de ignoradas leyes,
Con la antifaz de un muerto, en gesto bravo
Parodias los esclavos y los reyes,
Riéndote del rey y del esclavo;

Tú, que en la farsa del ocioso mundo,
Preparando otra farsa al mundo mismo,
Le das á devorar su cieno inmundo
En formas de virtud y de heroismo.

Quédasme tú y la noche silenciosa
Con su turbio fanal, tocas azules;
La soledad del bosque religiosa
Con su manto de pinos y abedules.

Quédame el templo con su acorde coro,
Sus capillas, sus lámparas y altares,
Su santa cruz, sus incensarios de oro,
Y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa
Que en su tablado inmenso se coloca;
Todo el teatro, en fin, sin la comparsa
Que bulle en él desordenada y loca.

No mas la cantaré sus devaneos;
Ya se acabó mi cántico mundano,
Que me cansan sus falsos galanteos
Y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta,
Espiró mi cantar, rompí mi lira:
Solo mi lengua mis caprichos canta,
Solo esa farsa compasion me inspira.

Puesto que un mundo me finjí tan bello
Cuanto le encuentro descompuesto y loco,
Hoy por la turba impávido atropello,
Porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy á la lumbre de la blanca luna
Eseúchame la inspiracion sublime,
Que me bulle en el ánima importuna
Y el perezoso corazon me oprime.

Porque ese cielo azul, y esa ancha sombra
Que mitiga la luz que el sol enciende,
Con que la noche su palacio alfombra
Y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mudo silencio y pavoroso
Que regala el cansancio del oido,
Y en pabellon convierte de reposo
El mundo que á sus piés yace dormido;

Son una inspiracion dulce, tranquila,
Vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,
En que el dudoso corazon vaella.
La que habló Calderon y agitó á Talma.

Esa no la conocen los profanos,
Ni revelarla osó ningun profeta:
¡Oh! ven; que mientras duermen los mundanos
Yo siento en mí la inspiracion inquieta.

Oyela tú, que brota solitaria
Para tí, en tu pacífico retiro,
Como amorosa y lánguida plegaria,
Como amistoso y postrimer suspiro.

II

Pende del cenit la luna,
Reverberan las estrellas,
La vida se vierte de ellas,
Porque pensar es vivir.
Vacila inquieta la mente,
El pensamiento medita,
Ociosa el alma se agita
Y deliramos sentir.

Cual mana en oculta Peña
Cristalina y mansa fuente,
Crea imágenes la mente
Que se ofuscan al brotar.
Nos presta honda, solitaria,
Una idea el pensamiento,
Y sin gozo y sin tormento
La sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,
Turbulenta, revoltosa,
Un fantasma de una cosa
Que no hemos visto jamas:
Una fosférica llama
Que nos sigue y la seguimos,
Adelante si la huimos,
Si la buscamos, detras.

Idea que brota informe
En la languidez del alma,
Que nace y muere en la calma
Del placer ó del pesar;
Una idea que no estorba
Para ver lo que se mira,
Que nada en el alma inspira,
Y en nada deja pensar:

No es muger, demonio, ni ángel,
No es esperanza ni gloria,
Pero existe en la memoria
Sin fuerza y sin voluntad:
Si el alma padece es triste,
Y si goza es lisonjera,
Y si el alma desespera,
La idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,
Se revuelve y se acrecienta
De la noche amarillenta
Al silencioso rumor;
Y el susurro de una brisa,
El murmullo de una fuente,
La mantienen en la mente
Sin hacérsola mejor.

Entonces es cuando el hombre
Piensa sin saber qué piensa,
Y aborta una idea inmensa
Sin concebirla tal vez;
Entonces es cuando mira
En la tierra un hondo foso,
Y un pabellon de reposo
Del cielo en la brillantéz.

La soledad y el silencio
Exhalan vaga armonía
Que el oido no oiria,
Y atenta el alma escuchó.
Una música con formas,
Que al resbalar en la mente,
Nos deja lánguidamente
La idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos
En blando sueño deliran,
Y en torno al ánima giran
Ilusiones mil á mil.
El oido oye murmullo,
El olfato aspira olores,
Los ojos crean colores
En delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes
Con ruinas, templos y fiestas,
Y oimos coros y orquestas,
Y suspirar y reir;
Sentimos rios que corren,
Vistasas aves que vuelan,
Manantiales que rielan,
Por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura
Sotos y villas lejanas,
Y oímos en sus campanas
El apagado doblar;
Vemos formas misteriosas
Que sonrien pasajeras,
Y lumbre de mil hogueras
Que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,
Insectos, monstruos y flores
Que nos dan ricos colores,
Y movimiento que ver;
Vemos un mundo cerrado
En transparentes encajes,
Entre flotantes celajes
Cercano á desaparecer.

Y oímos dentro del pecho
El uniforme latido
Del corazón abatido
Que dentro velando está;
Como un reloj cuya péndola,
Sorda, monótona y lenta,
Los pasos del tiempo cuenta,
Que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre,
Ni dormimos, ni velamos:
Vemos lo que no miramos,
Sentimos lo que no es.
Y á un movimiento, á un suspiro
Que olvidados exhalamos,
Todos nuestros sueños vemos
Pavesas á nuestros piés.

No es dormir, y se despierta,
No es muerte, y se vuelve á vida,
Y allá en la mente escondida
Se levanta una creación.
Entonces el pintor pinta,
El músico escucha y toca,
Y el poeta halla en su boca
Palabras de inspiración.

Entonces siente arrobado
De fuego su pensamiento,
De fuego el osado aliento,
De fuego el habla mortal;
Hay un volcan en su lengua,
Y un volcan en su mirada,
Y cruza el mar de la nada
Con su mirada inmortal.

Entonces Byron escribe,
Entonces pinta Murillo,
Y el sol vierte escaso brillo
Su aborto para alumbrar;
Entonces Hoffman delira,
Y en torno de su ponchera
Como en torno de una hoguera
Ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderon llama,
Y á su vigoroso acento
Cielo, infierno, en un momento
Parecen delante de él.
Y paseando allí sus ojos
Seres buscando inmortales,
Sus Autos sacramentales
Arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,
Este alcázar de ceniza
Que el ánimo diviniza
Por ser cárcel de los dos;
Mientras ella libre, ufana,
Hija de celeste prole,
De su estirpe soberana
Demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansioso registra
Sin respetos ni barreras,
En pos de lindas quimeras
Con que hacer mundo mejor;
Y ni templos, ni palacios,
Ni presentes, ni futuros,
En la nada están seguros
De su ímpetu creador.

A su voz dejan los muertos
Sus encierros funerarios,
Envolviendo en los sudarios
Lo que queda de su ser;
Santos, criminales, niños,
Esclavos, soldados, reyes,
Sus caprichos como leyes
Se aprestan á obedecer.

Entonces la tierra es fango
Ante su origen divino,
El universo mezquino
A su noble inmensidad:
Dios es el fin de su raza,
Es la atmósfera su aliento,
Su alcázar el firmamento,
Su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos
El fuego febril del alma,
Lope, Schiller, Maiquez, Talma,
Atan el mundo á sus piés.
Y entonces ¡oh actor poeta!
En tu espíritu altanero,
Ni el poeta está primero
Ni el actor está despues.

Es el teatro tu imperio,
Es el pueblo esclavo tuyo,
Tus derechos el misterio
De tu osada inspiración,
Y nosotros, los profanos,
Asombrados te rendimos
Sonoro aplauso en las manos,
Respeto en el corazón.

Y en la altivez de tu orgullo
Llegan á tí nuestras voces
Como el escaso murmullo
Que alza un insecto al volar;
Y á tu vista somos solo
Nosotros, un pueblo entero,
Un revoltoso hormiguero
Que va tu planta á segar.

Entonces magnates, reyes,
Caudillos, conquistadores,
Privados, emperadores,
Son allí menos que tú;
Y ante tus falsos disfraces
Es tierra, harapos y talco
Cuanto ostenta altivo palco
De oro, perlas y tisú.

UN RECUERDO DEL ARLANZA

Río Arlanza, si las fuentes
Que en Burgos te dan el ser,
No cegaron sus corrientes,
Y aun en tí van á verter
Sus cristales transparentes;

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas,
Bañando las mismas rosas
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura
Hay un pardo torreón
Que pinta en el agua pura
Su descarnada figura
Como estraña aparición.

Acaso tú, río Arlanza,
No te acuerdes de su nombre,
Porque á tí no te se alcanza
Con cuánto afán compra el hombre
El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno
Entre flores susurrando,
Y pasas libre y sereno
Del triste que queda ajero
En la ribera llorando.

Tú, río, que nunca amaste,
No guardas en la memoria
Los lugares que dejaste,
Que no te importa la historia
De los que una vez posaste.

No sabes, sonoro río,
Lo que pesa un pensamiento,
No sabes cómo en el mío

Me atosiga y da tormento
Ese peñasco sombrío.

Pero ¡qué estraño que ignores
Su nombre y el de su gente,
Si sus escombros traidores
Desplomó sobre la frente
De sus caídos señores?

Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas,
Hallas un cerro cercano
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas;

Donde tu corriente clara
Entre los juncos se pliega
Y en un remanso se para,
Que de los restos se ampara
De Celada y de Pampliega;

Allí, Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura;
Mírala ¡oh río! al pasar,
No te avergüence el andar
Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo
Verás solo un torreón
Solitario y amarillo,
Que ayer se llamó castillo
Y hoy el alto de Muñón.

Ya son presa del olvido
Sus blasones y baluartes;
Mírole, Arlanza, atrevido,
Sus gentes cuando han huído
Perdieron sus estandartes.

Mira ¡oh río! en caridad
Si de ese fantasma al pié
Una affigida beldad
Llorando tal vez se ve
Su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda
Las resbaladizas hondas
Contempla llorosa y muda,
Antes, río, la saluda
Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!
Por respeto ó por temor
De su doliente desvío,
El llanto que vierte es mío,
Que está llorando de amor.

¡Ay, de la blanca azucena
Que sin lluvia bienhechora
Se agosta en la seca arena;
Ay de la niña que llora
Sobre las aguas su pena!